



Alfredo Ávila

“La crisis del patriotismo criollo: el discurso eclesiástico de José Mariano Beristáin”

p. 205-222

Religión, poder y autoridad en la Nueva España

Alicia Mayer y Ernesto de la Torre Villar
(edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2004

446 p.

Mapas, cuadros, ilustraciones

(Serie Historia Novohispana 72)

ISBN 970-32-1893-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/439/religion_poder.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA CRISIS DEL PATRIOTISMO CRIOLLO: EL DISCURSO ECLESIAÍSTICO DE JOSÉ MARIANO BERISTÁIN

ALFREDO ÁVILA

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Para A. M.

José Mariano Beristáin ha sido un personaje difícil para la historiografía mexicana: por un lado, se pondera su patriotismo manifiesto en las ediciones de los *Cantos de las musas mexicanas* y en la *Biblioteca Hispanoamericana septentrional*, pero también se critica (de un modo anacrónico, según creo) su posición contraria a la insurgencia iniciada en 1810 y su “espíritu abyecto [sic] hacia la monarquía española”.¹ Esta dificultad para definir al canónigo de la Metropolitana de México se debe, al parecer, a que los historiadores han interpretado el patriotismo criollo (ese sentimiento de apego de los americanos hacia su tierra natal) como un primer paso en la trayectoria del nacionalismo mexicano, antihispánico y liberal. Así las cosas, cabría suponer que los criollos que, como Beristáin, estaban tan interesados en promover las grandezas (en este caso intelectuales) de su patria, tarde o temprano se darían cuenta de la contradicción ontológica (para emplear un término de Edmundo O’Gorman) que implicaba ser español y americano al mismo tiempo, para decidirse

¹ Ernesto de la Torre, “El bibliógrafo José Mariano Beristáin y Souza”, *Tempus. Revista de historia de la Facultad de Filosofía y Letras* 2, invierno 1993-1994, p. 92. Pese a algunos juicios como el citado, éste es uno de los mejores acercamientos a la trayectoria de Beristáin. Véase también Agustín Millares Carlo, *Don José Mariano Beristáin de Souza 1756-1817: noticia biográfica, la Biblioteca Hispanoamericana, bibliografía de su autor, testimonios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Enrique Flórez, 1973. *Cantos de las musas mexicanas con motivo de la colocación de la estatua equestre de bronce de nuestro augusto soberano Carlos IV. Los publica Joseph Mariano Beristáin de Souza*, México, Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1804; *Biblioteca Hispano Americana Septentrional o Catálogo y noticia de los literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional Española han dado a luz algún escrito o lo han dejado preparado para la prensa*, 3 v., México, en la calle de Santo Domingo esquina de Tacuba, 1816.

a romper con la Madre Patria.² Sin embargo, en el caso del autor de la *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* no ocurrió así. A la hora buena, es decir, ante el estallido insurreccional en el Bajío (que de un modo tradicional se ha interpretado como el primer paso en la construcción de la nación mexicana independiente), decidió apoyar sin ambages la unión con España y criticar de un modo agudo a los insurgentes.

Ante la dificultad de explicar esta “desviación”, los historiadores han apelado a “los favores recibidos [por el canónigo de la monarquía española] y sus relaciones públicas”, con lo cual, de paso, señalan la fragilidad de los principios de Beristáin y su sumisión “abyecta” a España.³ En el presente ensayo propongo que no hay contradicción entre el patriotismo del canónigo Beristáin y su oposición a los insurgentes, pues el fenómeno que los historiadores conocemos como patriotismo criollo no tenía por qué conducir de un modo necesario al nacionalismo mexicano ni a la emancipación. Es más, la independencia fue lo que acabó con el nacionalismo criollo.

Un contexto crítico

Debe reconocerse que José Mariano Beristáin tenía motivos suficientes para ser partidario de la unión con España en el momento crítico iniciado en 1808. Pocos criollos habían sido tan beneficiados por la corona española como él. Sin duda, esto fue motivo de una enorme soberbia, presente en algunos de sus escritos, y de la creencia poco fundada de que a todos los criollos les iba igual. Nacido en Puebla en 1756, realizó estudios de gramática latina, retórica, filosofía y teología. Fue alumno de bellas letras del Colegio Palafoxiano y, desde joven, amante de la poesía. Buen escolástico, obtuvo las más altas notas en la Universidad de México. En 1783 se incorporó a la Universidad de Valladolid y ocupó algunos cargos en la catedral de Victoria, en Álava. En 1791 regresó a su natal Puebla, donde pretendió una canonjía lectoral, aunque al final terminó como canónigo en la Metropolitana de México.⁴

² Edmundo O’Gorman, *Meditaciones sobre el criollismo*, México, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 1970; Brading, *Orígenes del nacionalismo mexicano*, tr. de Soledad Loaeza Grave, México, Secretaría de Educación Pública, 1973.

³ De la Torre, *op. cit.*, p. 94.

⁴ *Méritos del doctor D. Josef Mariano Beristáin [de Souza] y Romero*, ms. Puebla de los Angeles, 1791, en Sutro Library, carrete de micropelícula número 7, PM VER-CAM; Carta de An-

Así las cosas, no resulta extraordinario que dada su brillante carrera tanto en Nueva España como en la metrópoli, Beristáin tuviera una idea de la monarquía que muchos de sus paisanos no compartían. Comprendía, por ejemplo, que las diferencias entre las diversas regiones que integraban la “nación española” podían ser claras y, en ocasiones, hondas, pero nunca tanto como para considerar la desintegración de la monarquía. Entendía que las peculiaridades por las cuales los americanos se sentían orgullosos (orgullo que él compartía) no eran mayores que las de los asturianos, los aragoneses o los castellanos. No existía motivo alguno para que el amor que se sentía por el lugar donde se había nacido y en el cual se vivía no pudiera compartirse con la pertenencia a una entidad más grande: la española. En definitiva, las semejanzas entre los españoles eran, para Beristáin, más importantes que las diferencias. El difícil trance por el cual atravesaba la hispana monarquía debido al expansionismo militar de la Francia revolucionaria permitía también mostrar un enemigo común que, ése sí, era por completo distinto a los españoles. José Mariano Beristáin, al igual que muchos otros predicadores novohispanos, tenía miedo del poderío francés y, sobre todo, del posible influjo de las perniciosas ideas de la república regicida. Sabía que las armas españolas se hallaban en desventaja, pero consideraba que merced a la intercesión divina podía triunfarse contra los irreligiosos franceses.⁵

En el *Elogio* que predicó en noviembre de 1794, Beristáin mostró algunas de las características que se mantendrían en su discurso durante los siguientes años. Por supuesto, seguía ciertos tópicos y recursos de la retórica eclesiástica de la época, de modo muy señalado la prefiguración, consistente en glosar un epígrafe bíblico y compararlo con los acontecimientos que se estaban viviendo en el

tonio Ventura Taranco al arzobispo de México, Madrid, 1794, ms, en Archivo General de la Nación [AGN], *Bienes nacionales*, v. 607, exp. 129.

⁵ José Mariano Beristáin de Souza, *Elogio de los soldados difuntos en la presente guerra, que en las solemnes exequias de los militares celebradas en la metropolitana de México el día 22 de noviembre de 1794, y presididas del Exmo. Señor Marqués de Branciforte de esta Nueva España, predicó [...]*, México, s. i., 1795; también en “Elogio de los militares españoles difuntos en la guerra de Rosellón, pronunciado en la Metropolitana de México el mes de noviembre de 1794”, en Beristáin, *La felicidad de las armas de España vinculada en la piedad de sus reyes, generales y soldados o el valor, la gloria, la virtud y la religión de los militares españoles demostradas en siete oraciones fúnebres que en sus solemnes exequias ha pronunciado el Dr. D. José Mariano Beristáin, del gremio y claustro de las Universidades de Valencia y Valladolid, caballero de la orden de Carlos III, y actual deán de la Metropolitana de México*, México, en la Oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, 1815, p. 1-30.

presente.⁶ Así, daba alguna seguridad a los feligreses de que, pese al aparente caos, no había novedades: el ejemplo bíblico mostraba cómo en situaciones similares el plan providencial siempre había triunfado. En una época de crisis, como la iniciada por la Revolución Francesa, esto era de gran importancia.⁷ Beristáin convertía la guerra contra los franceses en una guerra santa, en la cual se estaba defendiendo la religión y el orden divino contra la soberbia de los herejes revolucionarios del otro lado de los Pirineos. Consideraba, por lo tanto, que se trataba de una causa justa y legítima, lo cual garantizaría su triunfo. De paso, fomentaba la formación de una comunidad imaginaria (protonacional) en la que “nuestros hermanos”, los soldados españoles, combatían contra “nuestros enemigos” los impíos franceses. Al diferenciar[“nos”] de los otros fomentaba la identidad de los habitantes de la vasta monarquía española: “Todos somos enemigos de la Francia”, afirmaba.

Ved aquí, Mexicanos, el ejemplo más santo y glorioso que debéis imitar, esforzándoos a remplazar, del modo que os sea posible, el puesto que han dejado vacío por su muerte esos celosos y benditos Zorobabeles de *nuestro* ejército. ¡Ah! ¿Permitiréis que por su falta llenen aquellos impíos del horror de sus armas y del hedor de su doctrina desde el Pilar santo de Zaragoza, hasta el sepulcro milagroso de vuestro común patrón Santiago; y que inundada tan lastimosa y torpemente la Península Metrópoli, extiendan las aguas a su contagio y fiereza desde Cantabria hasta Lima, y desde Cataluña hasta *nuestro* Santuario amabilísimo de Guadalupe? No, que Dios habló de vosotros a su profeta Isaías, y le dijo: Yo envío para destruir a la Francia unos soldados tanto más fuertes, cuanto Yo estoy lleno de ira por las abominaciones de los franceses, y que irán tanto más alegres, cuanto conocen que se interesa en esta expedición toda mi gloria.⁸

⁶ La prefiguración era elemento central en la manera, al parecer muy seguida, para la elaboración de sermones: cfr. Francisco Terrones de Aguilar del Caño, *Instrucción de predicadores. Arte de predicar*, prólogo y notas de Félix Olmedo, Madrid, Espasa Calpe, 1960, tratado III, capítulo 2, p. 104-106. Agradezco a la maestra Rosa Camelo sus comentarios y la copia que me proporcionó de este *Arte*.

⁷ Alfredo Ávila, “El cristiano constitucional. Libertad, derecho y naturaleza en la retórica de Manuel de la Bárcena”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 25, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio de 2003, p. 5-41.

⁸ Beristáin, *Elogio...*, p. 17-18. El énfasis en la palabra “nuestros” es mío. El primero se refiere a *nuestro* ejército, el español, el segundo a *nuestro* Santuario, mexicano; prueba más de que Beristáin no veía contradicción entre el apego al lugar de nacimiento y residencia y la pertenencia a una entidad mayor.

La prefiguración se vuelve profecía, las palabras de Isaías iban dirigidas a los españoles, nada menos, pero también a los habitantes de la ciudad de México, tierra predilecta por elección mariana. También (como después lo pensaría) el sermón se volvía profético o, por lo menos, un anuncio de lo que podía suceder si la metrópoli caía ante los impíos franceses: en ese caso, los americanos debían defender la religión católica, herencia española en el Nuevo Mundo.

La Paz de París puso, por algún tiempo, a España en alianza con Francia. Esto dio pie a que varias personas en el virreinato vieran con buenos ojos los triunfos de los franceses. Incluso, en algunos sermones se aplaudieron las victorias de los aliados contra los británicos, aunque no fue lo sólito.⁹ Se seguía temiendo al poderío militar de Francia. José Mariano Beristáin no se sentía muy a gusto con la nueva situación. En su casa de la ciudad de México, en la calle de Chavarría, colgó una imagen de la Virgen de Guadalupe, el blasón de una corona y dos palmas, que no gustaron mucho a las autoridades.¹⁰ Las constantes guerras que libraría España a partir de entonces, dieron oportunidad a Beristáin de realizar otros sermones en honor a los soldados muertos, que el propio autor diseñó como una historia de la grandeza militar española, escrita en varias partes. En términos generales, siguió el mismo modelo e interpretación del *Elogio* de 1794. Consideraba que España “nunca fue más belicosa y feliz en sus empresas que cuando más religiosa en sus príncipes y soberanos.”¹¹

Por desgracia, Beristáin se entretuvo demasiado en las hazañas medievales de los castellanos y apenas tuvo oportunidad de referirse a los conquistadores de los siglos XV y XVI.¹² Su empeño por

⁹ Carlos Herrejón Peredo, “La revolución francesa en sermones y otros testimonios de México 1791-1823”, en *La revolución francesa en México*, coordinado por Solange Alberro, Alicia Hernández Chávez y Elías Trabulse, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / El Colegio de México, 1992, p. 97-110; Peggy K. Liss, “Late colonial intellectual and Imperial Defense”, en *Los intelectuales y el poder en México*, edición de Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Z. Vázquez, México, University of California Los Angeles, Latin American Center Publications-El Colegio de México, 1991, p. 31-47.

¹⁰ “El Sr. Inquisidor Fiscal de este Santo Oficio contra el Sr. Dr. Don José Mariano Beristáin”, México, 1795, ms. en AGN, *Inquisición*, v. 1350, expediente 8, f. 1-38.

¹¹ La cita aparece en “Elogio fúnebre de los españoles militares difuntos, pronunciado en la metropolitana de México el año de 1800”, en Beristáin, *La felicidad de las armas españolas...*, p. 63, y en “Elogio fúnebre de los militares españoles difuntos pronunciado en la Metropolitana de México el año de 1810”, en *ibid.*, p. 104.

¹² Los sermones de esa historia son, además de los ya citados: “Elogio fúnebre de los militares españoles difuntos pronunciado en la Metropolitana de México el año de 1798”, en *La felicidad de las armas españolas...*, p. 31-49; “Quarto elogio fúnebre de los militares espa-

dar una sanción divina a las guerras de España tampoco dio el resultado esperado. Al contrario, en 1808 la ocupación napoleónica de la península parecía acabar con los vaticinios de la próxima gloria de los católicos españoles. La crisis generada por las abdicaciones de Bayona no tuvo precedentes en la hispana monarquía. La rapidez de los acontecimientos ocasionó descontrol entre los españoles. No fueron pocos quienes consideraron aceptable el reinado de José Bonaparte, en especial aquellos que vieron en esto la oportunidad de modernizar a la marchita España. Otros muchos, en cambio, se opusieron a lo que, desde su punto de vista, era un acto de fuerza ilegítimo. La resistencia a los ejércitos franceses no se hizo esperar. Por varias regiones de la península se levantaron grupos armados que, ante la inactividad de las altas autoridades, se apoyaron en las instancias locales, como los ayuntamientos, o formaron nuevas autoridades, las juntas provisionales, representantes de la soberanía del deseado Fernando VII, pero también de los insurrectos.

Tal vez en las posesiones americanas el descontrol fue mayor. Las noticias del motín de Aranjuez, que había dado la corona al príncipe Fernando, llegaron a Nueva España muy poco tiempo antes que las que anunciaban las abdicaciones a favor de los Bonaparte. Poco tiempo después, las nuevas de las insurrecciones dieron ánimos a quienes favorecían al monarca. Se desató entonces un entusiasmo rara vez visto antes. La correspondencia de las autoridades municipales da muestra del fervor fernandista surgido hasta en las más remotas poblaciones del virreinato, las publicaciones periódicas (el *Diario de México* y la *Gaceta del Gobierno de México*) no se cansaban de exaltar la unión, y los clérigos promovían, a través de sus sermones, la defensa de la religión, el rey y la patria, tríada que se volvería parte del discurso político aceptable y en cuyo nombre se elaboraría la mayoría de las propuestas políticas de los siguientes años.¹³

Desde hace algún tiempo, la historiografía dedicada al estudio de las emancipaciones hispanoamericanas señala el origen de esos

ñoles difuntos, pronunciado en la Metropolitana de México el año de 1803”, *ibid.*, p. 64-77; “Elogio fúnebre de los militares españoles difuntos pronunciado en la Metropolitana de México el año de 1805”, *ibid.*, p. 78-91; “La triple felicidad coronada. Elogio de los españoles muertos por los franceses el día 2 de mayo de 1808. Lo pronunció en la ciudad de Querétaro de la Nueva España en el solemne aniversario del año de 1814”, *ibid.*, p. 105-114.

¹³ Guadalupe Nava Oteo, *Cabildos de la Nueva España en 1808*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973; Marco Antonio Landavazo, *La máscara de Fernando VII. Discursos e imaginario monárquicos en una época de crisis. Nueva España 1808-1822*, Zamora, Morelia y México, El Colegio de Michoacán / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / El Colegio de México, 2001; Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*

procesos en la crisis de 1808. Esto ha significado, sin duda, un gran avance en cuanto a una interpretación más integral de la desintegración de la monarquía española. En la mayoría de los casos se sigue poniendo atención al impacto de la intervención francesa en la península ibérica como el detonante de los procesos de independencia y, en menor medida, como el primer paso hacia el establecimiento de regímenes constitucionales y representativos en los vastos territorios de la España absolutista.¹⁴ Con todo y el acierto en estas interpretaciones, me parece que se ha perdido de vista otro fenómeno originado en los acontecimientos de 1808 y que, en cierta medida, propició tanto la emancipación política como el establecimiento de gobiernos constitucionales. Me refiero a la irrupción de la temporalidad en política, entendida como la confrontación ante la “finitud temporal” de la organización política.¹⁵

Este fenómeno se presentó en Nueva España junto con la llegada de las noticias de los acontecimientos de la península. Algunos individuos, como el mismo virrey Iturrigaray, junto con la solidaridad hacia los compatriotas combatientes en Europa, empezaron a percatarse de los problemas por los cuales atravesaría el virreinato en el futuro. Entre los más importantes se hallaba, por supuesto, la redefinición de la dependencia con la metrópoli, toda vez que, ante la ausencia de un poder legítimo, no quedaba claro a quién obedecer. Es verdad que después de las abdicaciones reales, los españoles insurgentes habían organizado juntas de gobierno que actuaban en nombre del monarca ausente, pero esto no hacía sino mostrar de un modo más evidente la dificultad a la cual se enfrentaban las autoridades españolas en América: ¿a cuál o cuáles juntas se debía obedecer y por qué? Cuando todas se decían legítimas, ninguna lo era.¹⁶ Pese a que esos órganos decían actuar en nombre de Fernando VII, la verdad era que no contaban con la sanción del rey ni, por lo tanto, con un sustento trascendente, divino, como el que daba legitimidad a la monarquía absoluta. El que una junta tuviera más

¹⁴ François-Xavier Guerra diferenció los dos procesos ocurridos entre 1808 y 1824 en el mundo hispánico, por un lado, es cierto, las independencias, pero por el otro la irrupción de la modernidad: Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica / MAPFRE, 1993.

¹⁵ J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975, p. viii.

¹⁶ José de Iturrigaray, “Proclama”, 12 de agosto de 1808, *apud* Cancelada, *La verdad sabida y buena fe guardada. Origen de la espantosa revolución de Nueva España*, Cádiz, imprenta de Manuel Santiago de Quintana, 1811, p. lix-lx.

posibilidades de mandar que otras no se debía a sus orígenes sino a la suerte de sus armas en la guerra contra los franceses.

Esto abría la posibilidad de que las posesiones ultramarinas siguieran el mismo camino y establecieran en cada lugar una junta de gobierno, pero así (por más fidelidad que se expresara hacia el rey) se concluiría la dependencia. De esto se percataron los peninsulares más afectados por las posibles consecuencias de tales actos, quienes decidieron romper las especulaciones que se venían presentando en las reuniones que José de Iturrigaray había convocado con el apoyo del Ayuntamiento de la ciudad de México. Sin embargo, esto no solucionaba la crisis de autoridad. Al contrario, si de inmediato se reconoció a la Junta de Sevilla como gobierno en la metrópoli, esto fue por la presteza con que actuaron los peninsulares contra el virrey y no a la legitimidad de dicha Junta. La historicidad entraba en la política. El gobierno dependía de la actuación de los hombres y de la fortuna, y no de la sanción de Dios. Casi de inmediato, algunos individuos comprometidos con el depuesto virrey comenzaron a conspirar. Puede argüirse con razón que algunos de ellos (como el marqués de Rayas) temían ser perseguidos, pues se hallaban involucrados en negocios no muy lícitos con Iturrigaray; también puede ser verdad que otros (como los conjurados de Valladolid) perseguían la independencia; lo cierto es que en el discurso de los conspiradores descubiertos en la ciudad de México en 1809 se retomaba el problema de la legitimidad de las juntas españolas, pues si bien actuaban en nombre de Fernando VII podían con facilidad ser una trampa para entregar América a los franceses.

La tierra elegida

La emancipación se presentó como una opción para guardar los reinos americanos al legítimo rey y conservar la religión católica, en contra de Napoleón. Para los conspiradores descubiertos en la ciudad de México en 1809, la paz que se gozaba en América era un indicio de predilección divina, sobre todo si se comparaba con la assolada Europa. El viejo continente estaba siendo castigado por la corrupción y la herejía, promovidas por las ideas ilustradas; mientras que el Nuevo Mundo se había conservado en la auténtica fe. Era obligación de los buenos ciudadanos mantener intacta esa situación y, en el caso de que “el tirano de Europa” se apropiara de

España, declarar la independencia. Debe señalarse que, desde el punto de vista de los conjurados, sus propuestas no eran infidentes o sediciosas, bien al contrario, se consideraban más leales a la monarquía española que los miembros de la facción que detentaba el poder a partir de septiembre de 1808, pues ésta arriesgaba la religión y paz americanas al mantener la dependencia con una metrópoli que estaba por caer en manos del “pérfido Napoleón”.¹⁷

Estas ideas no eran exclusivas de los conspiradores. Las autoridades eclesiásticas habían venido reiterando en los últimos años la importancia de preservar el catolicismo frente a los impíos franceses. Sermones, noticias y rumores insistían en la posibilidad de que Napoleón enviara agentes al Nuevo Mundo con el objetivo de ganarlo. Esto generó alarma entre la población. No fueron pocos quienes pensaban que los europeos (incluidos los españoles) se hallaban ya bajo el poder del Corso y que la obligación de los americanos era mantener pura la religión y la lealtad al monarca católico que por entonces se hallaba preso. No sobra decir que esto favoreció un clima de persecución no sólo contra los franceses (algo que venía sucediendo desde el 1789), sino contra los peninsulares recién llegados, a quienes se podía acusar de afrancesados y, por lo tanto, de instrumentos del mal para acabar con la religión. En buena medida el odio a los *gachupines* que se generalizaría a partir de la insurrección de 1810 tenía fundamento en el miedo al posible dominio napoleónico y, permítaseme insistir, la consecuente pérdida del catolicismo.¹⁸

El propio Beristáin compartía estas creencias, pese a su posición de mantener unida la monarquía española y evitar, en la medida de lo posible, el enfrentamiento entre españoles americanos y europeos. En un *Discurso Político-Moral y Cristiano* de 1809,¹⁹ insistía en el reconocimiento que los novohispanos debían a la metrópoli y a los

¹⁷ Alfredo Ávila, “¿Cómo ser infidente sin serlo? El discurso de la independencia en 1809”, en *Disidencia y disidentes en la historia de México*, coordinado por Felipe Castro y Marcela Terrazas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

¹⁸ Marta Terán, “La Virgen de Guadalupe contra Napoleón Bonaparte. La defensa de la religión en el obispado de Michoacán entre 1793 y 1814”, *Estudios de Historia Novohispana* 19, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio de 1999, p. 91-129; Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence 1810-1821*, Stanford, Stanford University Press, 2001; Guadalupe Jiménez Codinach, “La insurgencia de los nombres”, en *Interpretaciones de la independencia de México*, coordinación de Josefina Z. Vázquez, México, Nueva Imagen, 1977, p. 103-122.

¹⁹ Beristáin, *Discurso político-moral y cristiano en los solemnes cultos que rinde al Santísimo Sacramento en los días del Carnaval la Real Congregación de Eclesiásticos Oblatos de México*, México, en la Oficina de doña María Fernández de Jáuregui, 1809.

monarcas. La nación española había hecho de México una ciudad opulenta, donde florecían las artes y las ciencias, pero, sobre todo, había desterrado el paganismo e instaurado la verdadera religión. La obligación de los americanos era, por supuesto, defender esos valores y evitar la disensión: “no hay otra diferencia entre nosotros sino que los unos venimos ayer a la América y otros han llegado hoy. Por lo demás esta tierra tiene dueño y lo es sin duda la nación española.”²⁰

Esta defensa de la “nación española” permitía, sin embargo, el reconocimiento de que, al menos una parte de ella, podía mantenerse libre del dominio francés. Esto acercaba de una manera peligrosa a Beristáin con los conspiradores que favorecían la independencia para preservar los valores hispánicos: defensa de la religión y lealtad al monarca preso. En el mencionado *Discurso*, el autor hacía énfasis en que América se hallaba en una situación privilegiada: “No, Dios mío, no permitas que lleguen a nosotros ni los pestilentes vapores que despiden Europa hacia todas partes esa Hidra monstruosa, que quiere tragarse los tronos de tus ungidos y aun tu mismo Solio eternal.”²¹ Poco después, en la festividad de la Inmaculada Concepción, mostraba de un modo más abierto la opción de una América separada de la “pestilente” Europa, pero que se mantuviera española. Para conseguirlo contaba “con el ardor e impulsos de esta sangre española que circula por mis venas.”²² A diferencia de los partidarios de la emancipación, Beristáin se negó a aceptar que el destino de España dependiera de la suerte de las armas en los patriotas contra los franceses; pues según su visión el triunfo estaba asegurado para los buenos católicos. La manera que halló para no aceptar la temporalidad de la monarquía hispana fue recurrir al plan providencial que, según él, guiaba la historia. Por eso preveía la liberación del rey y la próxima derrota de Napoleón, merced al patrocinio especial de la Inmaculada en España; pero dejaba entrever otra posibilidad:

²⁰ *Ibid.*, p. 15. En este sermón Beristáin mencionaría por vez primera una lista (muy incompleta) de americanos que habían obtenido cargos públicos tanto en España como en otros dominios de la monarquía, como un argumento para destruir la especie de que los criollos estaban marginados por los europeos, p. 23-26.

²¹ *Ibid.*, p. 31-32.

²² Beristáin, “Oración panegírico eucarística, pronunciada en esta festividad por el caballero eclesiástico don José Mariano Beristáin de Souza”, en *Solemne acción de gracias que tributaron al Todo-Poderoso los caballeros de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, en el día de su inmaculada Patrona, por la instalación de la Soberana Junta de Gobierno de España y de sus Indias*, México, en la Oficina de doña María Fernández de Jáuregui, 1809, p. 7.

¿Queréis mexicanos una señal prodigiosa que sea garante de mi anuncio [la derrota del Corso]? Pues pedidla al Sagrado Autor del Apocalipsis: *Pete tibi signum*, Evangelista Juan cuando postrados los 24 ancianos que guardaban el trono del Cordero bendecían a Dios ¿qué señal les dio el Cielo de la próxima ruina y exterminio del seductor del orbe? Oídlas hermanos míos a renglón seguido [...], una mujer vestida de Sol, con la luna a sus pies, coronada de doce estrellas. ¿Conocéis, ilustres hermanos, a vuestra Inmaculada patrona, a la Protectora de España y de sus Indias? ¿No es la imagen de María concebida en gracia? ¿No es también, oh mexicanos, copia de María de Guadalupe?²³

Beristáin se estaba haciendo eco de una profecía que, en 1748, había pronunciado el padre Francisco Xavier Carranza en Querétaro y que, con alguna posibilidad, era conocida por su auditorio. En *La trasmigración de la Iglesia a Guadalupe*, el jesuita Carranza aseguraba que el pasaje señalado del Libro de las Revelaciones (12) de Juan se hallaba pronto a cumplirse. La mujer vestida de sol (la Iglesia) sería lanzada al desierto (México, lugar seleccionado por María), donde se fundaría una nueva Jerusalén.²⁴ Años después, en 1809, Beristáin consideraba que en vista de la persecución que Napoleón hacía “al pontífice romano [...] y a los reyes católicos [...] contemplo que México puede ser el más seguro asilo al papa y los monarcas españoles contra la voracidad de aquel monstruo, me parece que no está lejos de verificarse la profecía del P. Carranza.”²⁵

Filopatro contra Morós o la esperanza frustrada

“Así pensaba [Beristáin] el año de 1809, pero ¡oh dolor! la insurrección inesperada en este feliz reino, sin otro principio, motivo, plan, fin ni objeto que el trastorno y el desorden general ¿cómo ha de hacer ya digna de tan augustos y soberanos huéspedes a Nueva España?”²⁶ El sueño del criollo (ver convertida a su patria en la capital de la monarquía española y de la Iglesia) estaba roto. Por supuesto, la insurrección encabezada por Miguel Hidalgo en el Bajío

²³ *Ibid.*, p. 43.

²⁴ Francisco Xavier Carranza, *La trasmigración de la Iglesia a Guadalupe. Sermón que el 12 de diciembre de 1748 años predicó en el templo de N. S. de Guadalupe de la ciudad de Santiago de Querétaro, el P. prefecto Francisco Xavier Carranza*, México, Colegio Real y más Antiguo de San Ildefonso, 1749.

²⁵ José Mariano Beristáin, *Biblioteca Hispano Americana*, v. 1, p. 277.

²⁶ *Ibid.*

debió ser un golpe muy duro para las esperanzas de Beristáin. Poco antes de que se conocieran esos sucesos, llegó a la ciudad de México el nuevo virrey Francisco Xavier Venegas, quien había dado algunas esperanzas acerca de que la guerra en la península podía ser victoriosa. Para eso se requería la colaboración de los leales súbditos novohispanos. El arzobispo de México decidió hacer una entrega de treinta mil pesos para la causa, mientras que el entonces deán donó “una sortija de brillantes que llevaba en la mano, apreciada en mil doscientos pesos.”²⁷

El optimismo de Beristáin desapareció bien pronto cuando se enteró de la rebelión popular. Así lo manifestó en varias colaboraciones para *El amigo de la Patria* y en el *Verdadero Ilustrador Americano*. Si bien mi objetivo en este ensayo es poner atención sólo al discurso eclesiástico de nuestro personaje, no puedo dejar de referirme, aunque con brevedad, a los *Diálogos patrióticos* que publicó con motivo de la insurrección.²⁸ En ellos, Filopatro (el amante de la patria) alecciona a Aceraio (el ingenuo) acerca de la posición que debe tomar ante la rebelión de Hidalgo. Aceraio es el hombre natural, no contaminado, pero por lo mismo, es susceptible de aprender, aunque también de seguir las opiniones de los necios, representados en el diálogo por Morós. El asunto que con más atención se discute es el odio entre los criollos y los peninsulares. Filopatro —quien encarna a Beristáin— presenta a Aceraio —el pueblo— argumentos racionales y ejemplos acerca de cómo los americanos han sido beneficiados por la hispana monarquía. Desde su punto de vista, no hay diferencia por el lugar de nacimiento: todos son españoles. Incluso, en el tercer diálogo, se enunciaba una larga lista

²⁷ Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, Méjico, Imprenta de José María Lara, 1849, v. 1, p. 343.

²⁸ José Mariano Beristáin de Souza, *Diálogos patrióticos*, México, Oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, 1810 (el octavo diálogo apareció en 1811). Aquí empleo los “Diálogos entre Filopatro y Aceraio”, en *Colección de documentos para la independencia de México de 1808 a 1821*, coleccionados por J. E. Hernández y Dávalos, México, José María Sandoval, impresor, 1878, v. 2, p. 695-739. Filopatro era el seudónimo del poeta español Pedro de Montegón (1745-1824), a quien admiraba Beristáin (véase *Odas de Filopatro que publica ilustradas el Dr. D. Joseph Mariano de Beristáin de la Real Sociedad Bascongada*, parte I, Valencia, Tomás de Orga, 1782). Ya antes, Beristáin había empleado el seudónimo en un exhorto a los regidores del ayuntamiento de México para elegir un buen diputado para las Cortes: *Discurso dirigido a los señores regidores del Ayuntamiento de México sobre la elección de diputado de Nueva España, en cumplimiento de la Real Orden de la Suprema Junta Central de 29 de enero de 1809. Su autor, Filopatro*, México, Oficina de doña María Fernández de Jáuregui, 1809.

de criollos beneficiados con cargos públicos tanto en la metrópoli como en las Indias.²⁹

El papel de Morós es el del intrigante, aquel que puede manipular la inocente opinión de Aceraio, en el fondo, la opinión pública. Por eso, Beristáin-Filopatro debe emplear la razón para descalificar los falaces argumentos de su enemigo. El necio considera que Miguel Hidalgo era un hombre docto y religioso que, por lo tanto, pelea para evitar la caída del reino en manos de Napoleón; sentir que casi convence a Aceraio, de no ser porque Filopatro muestra con argumentos que esto no podía ser así. Para el amante de la patria no podía conseguirse un objetivo bueno con medios malos, de manera que la rebelión era injustificada y nada legítimo podía salir de ella. También había algunos acontecimientos que volvían sospechoso a Hidalgo de ser, por cierto, promotor de la causa napoleónica en vez de su enemigo. Beristáin recordaba que poco antes del inicio de la insurrección, el agente francés Octaviano D'Almívar pasó arrestado por Dolores, Guanajuato, donde, según nuestro autor, conferenció de seguro con el cura del pueblo, a quien habrá convencido de rebelarse para destruir la paz del reino y, así, facilitar las cosas a su amo. Incluso, citaba una carta en francés cifrada hallada entre los insurgentes:

*Morós: el diablo que entienda eso... = Filopatro: En efecto, el diablo que lo escribió y el diablo que lo recibió y el diablo que lo envió a Querétaro y el diablo que lo tenía son los que lo entienden y pudieran explicarlo.*³⁰

José Mariano Beristáin pensaría, desde septiembre de 1810, que el verdadero motivo de la rebelión de Hidalgo, continuada después por otros hombres, era hacer fracasar lo que de seguro pasaría en caso de que se hubiera conservado la paz y la armonía en el virreinato: que el católico monarca español (una vez liberado de su cautiverio) escogiera a México como la capital de su imperio, lo mismo que haría el Papa. Lo curioso es que con toda posibilidad los

²⁹ "Diálogos", p. 698, 700-704 y 715-720.

³⁰ *Ibid.*, p. 712. Vale la pena señalar que, muchos años después, cuando la historiografía liberal dominante en México decidió extirpar las raíces cristianas y españolas del movimiento de Miguel Hidalgo, aceptó con gusto la hipótesis de Beristáin que lo vinculaba con los franceses. Así, se ha afirmado que D'Almívar se entrevistó con Hidalgo (aunque no hay pruebas de esto) y que lo convenció de iniciar la guerra por la independencia. Lo más seguro, sin embargo, es que la presencia de un agente francés confirmara las sospechas de Miguel Hidalgo acerca de que el reino estaba a punto de ser entregado a Napoleón y, por lo tanto, se rebeló para evitarlo.

insurgentes también estuvieran combatiendo a favor del mismo rey y en defensa de la misma religión, que ellos creían amenazados por quienes se empeñaban en mantener la unión con Europa.³¹

Tirios y troyanos empleaban un mismo discurso para combatir. No digo que persiguieran los mismos objetivos, pues no era así; pero tenían un mismo horizonte cultural, creían en las mismas cosas y las expresaban de modos semejantes. Por eso, símbolos como la Virgen de Guadalupe sirvieron a ambos bandos para representar sus esperanzas y aspiraciones. Los partidarios del régimen español (Beristáin incluido) no aceptaban que los insurgentes estuvieran empleando el nombre de la religión y del rey para dar legitimidad a su movimiento. El deán de la Metropolitana de México fue el encargado de encabezar una ceremonia de desagravio a la patrona de la capital, por el “mal uso” que de su imagen hacían los insurrectos. En el sermón, empleaba el tradicional epígrafe bíblico que después glosaría y compararía con las circunstancias presentes: “Te han mofado e insultado, Virgen hija de Sión, y por lo mismo dice el Señor: Yo ampararé esta ciudad y la salvaré por amor mío y por amor a David mi siervo” (IV Reyes, 19).³²

Lo interesante de este sermón es que Beristáin mostraba alguna esperanza en que América volviera al buen camino y, por lo tanto, pudiera convertirse en capital de la cristiandad y de la monarquía española. Insistía en que por todo el mundo había desazón, guerra y calamidades. Sólo Nueva España se había salvado, por obra y gracia de Dios, la Virgen y los reyes. Es verdad que una “turba de insensatos” acabó con la paz y prosperidad del reino, pero las palabras reveladas no podían fallar. Fernando VII es David, a quien Dios prometió liberarlo: “México y toda su monarquía será salva”, si se desagraviaba a María. Si la liberación del deseado monarca no ocurría pronto “México entre tanto gozará de paz” y podría volver a ser el lugar indicado para la salvación. Empero, Morós seguía ganando adeptos entre el inocente pueblo. Cuán grande debió ser la pena de Beristáin cuando se enteró de que su hermano Vicente se pasó a los

³¹ Jiménez Codinach, *op. cit.*

³² José Mariano Beristáin, *Declamación cristiana que en la solemne función de desagravios a María Santísima de Guadalupe celebrada en la iglesia del convento grande de San Francisco de México por el comandante, oficiales y tropa del segundo batallón de infantería de patriotas distinguidos de Fernando VII, dijo el día 28 de septiembre de 1811 el Dr. D. José Mariano Beristáin de Souza, del orden de Carlos III, canónigo más antiguo y arcediano electo de la metropolitana, México, en la imprenta de Arizpe, 1811, p. 3.*

insurgentes en 1812 para ser fusilado por ellos mismos un par de años después.³³

En 1812, las Cortes de Cádiz decretaron la primera Constitución que regiría en todos los territorios de la monarquía española. Hace algunos años esta carta no era motivo de atención para muchos historiadores, pero en la actualidad la mayoría pondera su importancia. Por desgracia, no sabemos cuál era la opinión del canónigo Beristáin acerca de esa ley fundamental. Se expresó muy bien a favor de ella durante su vigencia y luego la repudió cuando fue abolida, en 1814; pero esto nos dice bien poco, porque casi todos los hombres públicos de la época hicieron lo mismo. De seguro aceptó la idea de una única nación española, en la cual no cabían diferencias por el lugar de nacimiento.

Sin embargo, quizá no comulgara con la idea de que la soberanía pertenecía a la nación, pues ésta —integrada por un pueblo no corrupto, pero inocente—podía ser manipulada con facilidad por los que sólo estaban interesados en el bien propio y no el de la nación. De nuevo, planteaba la posibilidad de que Morós impusiera su opinión sobre Aceraio; algo que Beristáin-Filopatru debía evitar. Por eso, participó en la junta de censura de México, que vigilaría el contenido de los impresos bajo la nueva ley de libertad de prensa. También intentó influir sobre algunos de los procesos electorales con el objetivo de derrotar a los necios que pretendían ganarse al inocente pueblo.³⁴ No obstante, no consiguió estos objetivos. Desde su punto de vista, la Constitución, con todo lo benéfica que podía ser, resultó muy perjudicial para Nueva España, pues los intrigantes la habían aprovechado para manipular al pueblo.

La vuelta al orden

El regreso de Fernando VII al trono significó para Beristáin la vuelta al orden anterior a 1808. Para entonces, la insurgencia en Nueva España se hallaba en decadencia y todo parecía conspirar para el

³³ Es muy poco lo que sabemos de Vicente Beristáin de Souza. Al parecer, era muy buen militar. Dejó el campo realista en 1812 y pasó a formar parte de las filas de Francisco Osorno, pero no era bien visto ni por éste ni por Morelos. Fue fusilado en febrero de 1814 en Atemajac, por órdenes de Osorno, tal vez por su empeño en dar orden a una tropa indisciplinada o quizá porque los caudillos insurgentes desconfiaban de él: José María Miquel i Vergés, "Beristáin de Souza, Vicente", en *Diccionario de insurgentes*, México, Porrúa, 1980, p. 76.

³⁴ *Ibid.*, v. 3, p. 285 y 427.

cumplimiento de las prefiguraciones que tanto empleaban los clérigos en sus sermones. “Me liberaste por tu gran misericordia de la palabra de mentira, de un rey inicuo y de unas lenguas injustas y fraudulentas” (Eclesiastés 51): estas palabras las podía repetir Fernando VII, según afirmaba Beristáin en un *Discurso eucarístico* de noviembre de 1814.³⁵ María había conseguido salvar la monarquía española de “La plaga de filósofos impíos, de espíritus fuertes, de libertinos materialistas”, del inicuo Napoleón y pronto también de la perniciosa insurrección novohispana.

Debe decirse que el rechazo de Bersitáin a la Constitución se debía a que ésta había permitido que la infidencia cundiera. Con la legislación liberal se había hecho muy difícil evitar que los numerosos Morós esparcieran sus nefastas máximas entre la inocente población. No obstante, lo anterior no significa que el deán fuera partidario del orden corporativo tradicional. La monarquía española del antiguo régimen era la suma de diversos reinos, cada uno con privilegios y diferencias, sólo unidos por el rey. Esto fue lo que pretendió restaurar Fernando VII al disolver las Cortes de Madrid. La imagen que Beristáin tenía de la monarquía española era en cambio más moderna y semejante a la propuesta por la Constitución liberal: una nación única que, en Europa, América y Asia, se reconocía por valores compartidos (la religión y lealtad al rey) y por unas mismas leyes, bien que éstas fueran las tradicionales.³⁶

El patriotismo criollo del canónigo Beristáin no se hallaba fuera del cambiante contexto en el cual vivía. Se reconocía ilustrado y con la obligación de ilustrar a sus compatriotas menos afortunados. Creía, como después harían los liberales decimonónicos, que la nación estaba integrada por individuos bajo un mismo gobierno, con valores comunes, aunque también sintieran afecto por el lugar donde nacieron. Igual que esos liberales, también pensaba que el pueblo podía reconocer lo bueno y lo racional, pero dada su inocencia podía perderse por aquellos que buscaban sus intereses mezquinos

³⁵ José Mariano de Beristáin, *Discurso eucarístico que en la muy solemne acción de gracias celebrada por el real consulado de México y el regimiento de su comercio, por la libertad y restitución a su trono de Fernando Séptimo, soberano monarca de España e Indias, pronunció en la Iglesia Grande de San Francisco de México, el domingo 13 de noviembre de 1814, en la festividad del patrocinio de la Virgen María, el Sr. Dr. D. José Mariano Beristáin de Souza, del orden de Carlos III, deán de aquella metropolitana, México, en la Oficina de doña María Fernández de Jáuregui, 1814*, p. I.

³⁶ Beristáin, “La triple felicidad coronada. Elogio de los españoles muertos por los franceses el día 2 de mayo de 1808. Lo pronunció en la ciudad de Querétaro de la Nueva España en el solemne aniversario del año de 1814”, en *La felicidad de las armas de España...*, p. 114.

en lugar del interés de la nación o el bien común. Casi al final de su vida volvió sobre este asunto, en un sermón muy discutido pronunciado el 19 de marzo de 1815. En el *Discurso del Domingo de Ramos*, Beristáin empleaba los pasajes del Evangelio que señalaban la calurosa acogida del pueblo de Jerusalén a Jesús, cuando éste entró en la ciudad, y la condena de ese mismo pueblo a su salvador una semana después. En un símil que le sería muy criticado tanto por insurgentes como por los partidarios de la unión con la metrópoli, el deán comparó a Cristo con Fernando VII. El rey también había sido aclamado como el deseado en 1808 y, un par de años después, los insurgentes se habían levantado en su contra. Para Beristáin, en ambos casos el pueblo no era culpable pues, inocente, sólo seguía las seductoras opiniones de los necios. Al final, la verdad se impuso y Fernando triunfó de sus enemigos, igual que Cristo, y entonces mostraría a su pueblo cuál era el buen camino.³⁷

Cuando el deán se hallaba pronunciando tan acalorado sermón, le sobrevino un ataque de apoplejía. Carlos María de Bustamante asentaría (en una nota manuscrita al sermón) que esto fue un merecido castigo del cielo por el atrevimiento del canónigo,³⁸ quien ya no se recuperaría. Los últimos años de su vida, Beristáin los dedicó a concluir su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional* y a colaborar, todavía, en algunos escritos contra los insurgentes. El 23 de marzo de 1817 falleció en su casa de la ciudad de México. Pudiera pensarse que, por haber muerto antes del restablecimiento de la Constitución y todo lo que esto desencadenó, el deán se hallaba satisfecho. Sin embargo, no creo que fuera así. Es verdad que el rey volvió y se restableció el absolutismo, pero como he señalado, la idea de nación de Beristáin era moderna y si se opuso al constitucionalismo gaditano fue sólo porque proporcionaba instrumentos a los infidentes y rebeldes, a quienes tanto odiaba por ser responsables de haber destruido el más grande sueño del patriotismo criollo: ver a la ciudad de México como la capital de la monarquía española y de la cristiandad católica.

³⁷ Beristáin, *Discurso para el domingo de Ramos 19 de marzo del año de 1815, pronunciado en la metropolitana de México*, México, Impreso en la oficina de Benavente, 1815. El ejemplar que está en la Biblioteca Nacional de México, Colección Lafragua 312, tiene anotaciones de Carlos María de Bustamante, quien entre otras cosas señala el escándalo que ocasionó el símil entre Cristo y Fernando.

³⁸ Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 [sic] de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla*, v. 3, México, Imprenta de José Mariano Lara, 1844, p. 210.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS